
LIBRO CUARTO.

EL MUNDO COMO VOLUNTAD.

**Segunda consideración: Afirmación y negación
del deseo de vivir por la voluntad, llegada á la
conciencia de sí misma.**

*Tempore quo cognitio advenit,
amor é medio supersurrexit.*

УПНЕК'НАТ studio Anq.
Duperron, vol. II, p. 216.

§ 53.

Esta última parte de nuestro estudio se nos anuncia como la más grave, pues concierne á las acciones humanas, asunto que nos toca á todós de cerca y que no puede ser extraño ni indiferente para nadie. Es tan natural en el hombre referirlo todo á la conducta humana que, al seguir cualquier estudio, la parte relativa á ésta es siempre lo que considera como resultado de sus investigaciones á poco que la materia le interese, y sobre este punto fijará su más atenta atención, aunque descuide los otros.

En este sentido y conforme á la manera general de expresarse, se podría llamar la parte de nuestro estudio en que vamos á ocuparnos la filosofía práctica, en oposición á la filosofía teórica que hemos examinado hasta

aquí. Pero en mi opinión, toda filosofía es siempre teórica, pues está en su esencia, sea el que quiera el objeto inmediato de sus investigaciones, el mantenerse exclusivamente en el terreno de la observación y el analizar, mas no el dar preceptos. Tratar de hacerse práctica, querer guiar la conducta y reformar los caracteres, son rancias pretensiones á las cuales debería renunciar ya en nuestros días, en que se halla madurada por la experiencia. Pues cuando se discute sobre el valor ó la nada de la existencia, cuando se trata de la salvación ó de la perdición, no serán las frías abstracciones filosóficas las que hagan inclinar la balanza, sino la naturaleza misma del hombre, el demonio que le dirige pero que no le ha escogido, sino que el hombre, por el contrario, se ha buscado—como se expresa Platón—ó sea su carácter inteligente, según se expresa Kant. La virtud no se enseña, como no se enseña el genio; para ella es tan infructuosa la noción como para el arte, y á lo sumo puede servirle de instrumento. Sería tan insensato pedir á los sistemas de moral que produjeran hombres virtuosos, nobles y santos, como pretender que nuestros tratados de estética crearan poetas, escultores y pintores.

La filosofía no puede hacer más que interpretar y explicar lo que es. Debe suministrar á la razón un conocimiento claro y abstracto de la esencia del mundo, que, en forma concreta, es decir, en el sentimiento, comprende cada cual á maravilla; y esta interpretación debe darla bajo todos los aspectos posibles y desde todos los puntos de vista. Así, pues, lo que he tratado de explicar en los tres libros anteriores, con la generalidad propia de la filosofía y desde otros puntos de vista, voy á esforzarme en demostrarlo de la misma manera, en este libro cuarto, desde el punto de vista de la conducta humana, y se verá, como indiqué antes, que este aspecto del mun-

do, juzgado, no sólo subjetiva, sino también objetivamente, es el más importante de todos. En las siguientes consideraciones permaneceré fiel al método que he seguido hasta aquí, apoyándome siempre sobre lo que precede, como sobre datos admitidos. Voy á estudiar ahora, en su relación con la conducta del hombre, el pensamiento único que forma la substancia de toda esta obra, y que he examinado ya desde los demás puntos de vista. De este modo habré hecho cuanto de mí depende para presentar la exposición más completa posible.

Nuestro punto de vista, así como el método anunciado, indican con claridad suficiente, que no debe esperarse hallar en este libro sobre ética, ni preceptos, ni un tratado de los deberes, y más lejos de mi ánimo está todavía el proyecto de exponer un principio general de la moralidad, especie de receta universal para producir todas las virtudes. No hablaré tampoco de *deber incondicionado*, porque semejante deber encierra una contradicción, ni de una *ley de la libertad*, que se encuentra en el mismo caso. En general, no hablaré del deber. Este lenguaje es á propósito para dirigirse á niños ó á pueblos que se hallan aún en la infancia, pero no á hombres que se han asimilado todas las luces de un siglo llegado á la mayor edad. ¿No es una contradicción palpable decir que la voluntad es libre, y prescribirla, sin embargo, leyes, con arreglo á las cuales debe querer?

¡Deber querer! Un *sideroxylon* (hierro de madera).

Según mi modo general de ver las cosas, la voluntad, no sólo es libre, sino que es omnipotente; no produce sólo su conducta, sino su mundo. La acción y el mundo son tales, como es la voluntad, puesto que ambos no son otra cosa que voluntad consciente de sí misma. La voluntad se determina por sí y al hacerlo determina las otras dos cosas, pues sin ella no existe nada; y la conducta del

hombre, como el mundo, es la voluntad misma: entendida así es verdaderamente autónoma; comprendida de otra manera, es *heterónoma*. Nuestras investigaciones filosóficas no pueden tender más que á interpretar la conducta humana, así como las máximas, tan diversas y contradictorias, de las que ella es expresión viviente. Ni puede hacer más que explicarlas en su esencia y en su sustancia, relacionándolas con las consideraciones anteriores y reduciéndolas á nociones abstractas bien inteligibles, como hemos hecho con todos los demás fenómenos del mundo.

Nuestra filosofía se mantendrá en la *inmanencia*. Fiel á las grandes lecciones de Kant, no se servirá de las formas del fenómeno, cuya expresión general es el principio de razón suficiente, como de un trampolín, para saltar, por encima del fenómeno mismo (que es lo único que da significación á aquellas formas), al campo ilimitado de las ficciones vanas. Este mundo real y visible, en el cual vivimos y que vive en nosotros, será el objeto constante y el límite de nuestras investigaciones, y es bastante rico su contenido para que el más profundo estudio de que es capaz el espíritu humano, no pueda agotarle nunca.

Puesto que para nuestras presentes consideraciones éticas, como para las anteriores, este mundo real y concible no nos dejará nunca carecer de materia ni de realidad, no necesitamos recurrir á conceptos negativos y vacíos para convencernos á nosotros mismos de que decimos algo, si con semblante grave hablamos de lo «absoluto», de lo «infinito», de lo «suprasensible» y otras negaciones de este género, (*nihil est, nisi negationis nomen, cum obscura notione. Ful. or. 5*), que se podrían llamar más brevemente *νεφελοκοκκωγία* (la ciudad de los cuocos en las nubes, de Aristófanes). No; prescindiremos de servir

estos platos cubiertos, pero vacíos; y no contaremos tampoco cuentos, como no lo hemos hecho antes, para luego hacerlos pasar por filosofía. Pues soy de opinión que está infinitamente lejos de poseer un conocimiento filosófico del mundo el que se imagina poder conocer su esencia *históricamente*, bajo cualquier forma que sea y por sagacidad que ponga en disimularlo, y en este caso se encuentra, el que así piense, desde que hace intervenir en las concepciones que se forma de la cosa en sí, la noción de un *devenir* en lo presente, en lo pasado y en lo porvenir; desde el momento en que *antes* y *después* tienen para él la menor significación, y desde que abierta ó hipócritamente, busca y descubre, por lo tanto, el punto en que comienza el mundo y el punto en que acaba, con la ruta que va del uno al otro; y con mayor razón, desde que la persona que así se figura filosofar, sabe decir cómo se encuentra colocado el hombre en este camino.

Semejantes sistemas históricos conducen casi siempre á una cosmogonía, de la cual existen muchas variedades, ó á una teoría de la emanación ó bien á una doctrina de la segmentación, ó en fin, cuando la desesperación de tantas tentativas y tantos pasos inútiles en estos caminos conduce al único que queda abierto, á una teoría de la creación perpetua, de la descendencia, de la generación, de la aparición á la luz del día, saliendo del seno de la noche, ó del abismo sombrío, ó de la materia primera, ó del caos sin fondo, y otras mil extravagancias de esta índole, respecto de las cuales hay un medio sencillo de cortar por lo sano, y es hacer observar que, habiendo trascurrido hasta el momento presente toda una eternidad, es decir, un tiempo infinito, todo lo que podía y debía nacer debe de haber nacido ya. Pues todos estos sistemas de filosofía histórica, por importancia que procuren darse, toman al *tiempo* por un atributo

de la cosa en sí, como si Kant no hubiera existido, y no van más allá de lo que Kant llama el fenómeno, en contraposición á la cosa en sí, á lo que Platón llamó: «Lo que *deviene* siempre y no *es nunca*», en oposición á lo que es y no *deviene* jamás, ó en fin, á lo que los Indios llamaron el tejido de Maya. Esto es precisamente lo que caracteriza el conocimiento subordinado al principio de razón, con el cual no se llega jamás á la esencia íntima de las cosas, ni se persigue eternamente más que fenómenos, agitándose sin tregua ni fin, como la ardilla en su jaula, hasta que la fatiga de este movimiento obliga á detenerse en cualquier punto, alto ó bajo, que arbitrariamente se elige, y que se quiere en seguida que los demás acepten con igual respeto.

La única manera verdaderamente filosófica de considerar las cosas, la que nos enseña á conocer su esencia y nos conduce más allá del fenómeno, es precisamente aquella que no se preocupa con saber de dónde viene el mundo, ni adónde va, ni por qué existe, sino que examina únicamente lo que es; que no mira las cosas desde el punto de vista de sus relaciones, de su principio y su fin; en suma, que no las estudia según categoría alguna del principio de razón, sino que por el contrario, toma por objeto de sus investigaciones lo que queda de las cosas después que han sido estudiadas con arreglo á ese principio, esto es, sus Ideas, la esencia del mundo, que aparece en las relaciones sin estar sometida á ellas y que permanece siempre idéntica á sí misma. Este conocimiento es el que conduce á la filosofía, como le hemos visto dar origen al arte; en el presente libro veremos que es también la fuente de esa disposición psicológica que conduce á la verdadera santidad y á la salvación.

§ 54.

Los tres primeros libros habrán hecho comprender que el mundo, como representación, es el espejo de la voluntad, en el cual se reconoce ésta con una claridad y una pureza que van creciendo por grados. Esta conciencia llega á su perfección en el hombre, pero la esencia del hombre no encuentra su expresión completa más que en el encadenamiento de sus acciones, y la razón es lo que hace al individuo capaz de abarcar de una ojeada y en abstracto la unidad consciente de su conducta.

La voluntad, considerada puramente en sí misma, es inconsciente. Es una mera tendencia ciega é irresistible, tal como la vemos todavía en la naturaleza de los reinos inorgánico y vegetal y en sus leyes, así como en la parte vegetativa de nuestra propia vida. Mas con la adición del mundo de la representación, que se ha desenvuelto para su uso, adquiere la voluntad conciencia de su querer y del objeto de éste, conoce que lo que quiere no es otra cosa que el mundo y la vida tales como son. Por eso consideramos al mundo visible como su imagen y su objetividad; y como lo que quiere siempre la voluntad es la vida, puesto que la vida es la manifestación de la voluntad para la representación, es indiferente y hasta un puro pleonasma decir la voluntad de vivir, en vez de la voluntad, lisa y llanamente.

Como la voluntad es la cosa en sí, la substancia, la esencia del mundo y como la vida, el mundo visible, el fenómeno no es más que el espejo de aquélla, infiérese de ahí que la vida acompañará á la voluntad tan inseparablemente como la sombra al cuerpo. Donde quiera que hay voluntad existirá también la vida, el mundo. La vida está, pues, asegurada al deseo de vivir por todo el tiem-

po que éste exista en nosotros, y no debemos apenarnos por nuestra existencia, ni aún bajo el aspecto de la muerte. Vemos, en verdad, nacer y morir al individuo, pero el individuo no es más que un fenómeno, ni existe más que para el conocimiento sometido al principio de razón, que es también el de individuación; en este orden de ideas, el individuo recibe ciertamente la vida como un don. Sale de la nada y al ser despojado de aquél don por la muerte vuelve á la nada de donde salió.

Mas para el que considera la vida desde el punto de vista filosófico, como nosotros, es decir desde el punto de vista de las Ideas, ni la voluntad ó cosa en sí de todos los fenómenos, ni el sujeto del conocimiento, espectador de todos ellos, son afectados en nada por el nacimiento ni por la muerte. Nacer y morir son cosas que pertenecen al fenómeno de la voluntad y por consiguiente á la vida, cuyo atributo esencial es aparecer en criaturas individuales, manifestando fugitivamente y en el tiempo lo que en sí no conoce tiempo y debe precisamente manifestarse bajo esta forma á fin de poder objetivar su verdadera naturaleza. El nacimiento y la muerte pertenecen por el mismo título á la vida, y se equilibran entre sí como condiciones recíprocas, ó si se quiere, como polos del fenómeno total de la vida.

La mitología india, la más sabia de todas, expresa este pensamiento dando por atributos á Siva, que simboliza la destrucción ó la muerte (como Brahma, el último y más pecador de los Dioses, simboliza la procreación, el nacimiento, y Vichnú la conservación) el collar de calaveras y al mismo tiempo el Lingam, símbolo de la generación, que aparece allí para compensar la destrucción, lo cual significa que la procreación y la muerte son términos correlativos que se neutralizan y se compensan recíprocamente.

Con los mismos pensamientos, los griegos y los romanos cubrían sus preciosos sarcófagos, que todavía podemos ver hoy, con adornos representando fiestas, danzas, bodas, cacerías, peleas de bestias, bacanales, es decir, mostrando las escenas más animadas de la vida, representadas, no sólo bajo la forma de estas diversiones, sino también en grupos voluptuosos y hasta en el ayuntamiento de sátiros con cabras. El fin evidente de esto era apartar el pensamiento de la muerte del individuo llorado, para llevarle, acentuándole enérgicamente, hacia la vida inmortal de la Naturaleza; se quería mostrar así, aunque no se tuviera conciencia abstracta de ello, que toda la Naturaleza no es más que el fenómeno y la realización de la voluntad de vivir.

La forma de este fenómeno la constituyen el tiempo, el espacio y la causalidad, y por lo tanto, la individuación, cuya consecuencia es que el individuo deba nacer y morir; pero á la voluntad de vivir, de la que el individuo no es, por decirlo así, más que un ejemplar ó un caso singular de manifestación, no le afecta la muerte de un ser individual, como no altera tampoco el conjunto de la Naturaleza. No es el individuo, sino sólo la especie lo que le importa á la Naturaleza y aquello cuya conservación procura seriamente, rodeándolo de verdadero lujo de precauciones con la extraordinaria superabundancia de gérmenes y con el poder inmenso del instinto de reproducción. Por el contrario, el individuo no tiene valor alguno para la Naturaleza, ni lo puede tener, puesto que la esfera de ésta abarca un tiempo y un espacio infinitos y un número infinito también de individuos posibles. La Naturaleza está siempre dispuesta á abandonar al individuo, que no sólo se halla en peligro de perecer de mil maneras y por mil causas insignificantes, sino que de antemano está condenado á la desaparición, y la Natu-

raleza misma le empuja á ella desde el instante en que ha cumplido su misión, que es conservar la especie.

La Naturaleza expresa de este modo francamente esa gran verdad de que sólo las Ideas y no los individuos tienen realidad verdadera, es decir, son la objetivación perfecta de la voluntad. Y como el hombre es la Naturaleza misma en su grado supremo de conciencia de sí, y la Naturaleza es la voluntad de vivir objetivada, es natural y justo que el hombre que ha alcanzado este punto de vista y se mantiene en él se consuele de su propia muerte y de la de los suyos, con las miradas que lanza sobre la vida inmortal de la Naturaleza, que es él mismo. Así es cómo hay que entender á *Siva con el Lingam* y esos antiguos sarcófagos que, con sus imágenes de la vida más ardiente, están gritando al espectador desolado: *Natura non contristatur*.

Lo que prueba asimismo que el nacimiento y la muerte son condiciones inherentes á la vida y esenciales á este fenómeno de la voluntad, es que ambos se presentan sencillamente como la expresión más acentuada de lo que constituye todo el resto de la vida. Esta no es, en efecto, más que una variación perpetua de la materia, con permanencia invariable de la forma, y en esto consiste la destructibilidad de los individuos y la estabilidad de la especie. La nutrición y la renovación incessantes no se diferencian de la generación, ni la excreción de la muerte, más que en el grado. El reino vegetal nos presenta el primer caso bajo una forma fácil de comprender. La planta es, por su propia naturaleza, una repetición constante del mismo brote, de su fibra más sencilla, que se agrupa en forma de hojas y de ramas; es un agregado sistemático de plantas semejantes sostenidas unas por otras, y cuya única tendencia es reproducirse indefinidamente. Para ello se metamorfosea gra-

dualmente en flor y en fruto, que resumen toda su existencia y su inclinación, llegando así por el camino más corto á lo que era su fin constante y realizando de un golpe y en ejemplares innumerables lo que hasta entonces practicaba sólo al por menor: su multiplicación. El desenvolvimiento de la planta hasta la fructificación se relaciona con el fruto, como la escritura con la imprenta.

Evidentemente sucede lo mismo con el animal. El proceso de la nutrición es una generación continua, y el de la generación es una nutrición de potencia superior. La voluptuosidad durante la cópula es el bienestar que resulta del sentimiento de la vida, aumentado. Por otra parte, la excreción, es decir, la eliminación y la evaporación de la materia es idéntica, salvo en el grado, á la muerte, que es lo opuesto á la generación. Y así como estamos perfectamente satisfechos con conservar nuestra forma y no sentimos perder la materia excretada, la misma actitud conviene conservar cuando la muerte viene á cumplir en gran escala y en mayor medida, lo que sucede cada día y en cada hora con la excreción; así como permanecemos indiferentes en el primer caso, deberíamos no espantarnos tampoco en el segundo. Desde este punto de vista es tan insensato desear la perpetua permanencia de nuestra individualidad, cuyo lugar vienen á ocupar otros individuos, como desear la permanencia en nuestro cuerpo de la materia, reemplazada por otra á cada instante; y es tan absurdo embalsamar los cadáveres como lo sería conservar cuidadosamente nuestras deyecciones. En cuanto á la conciencia individual, ligada al cuerpo del individuo, el sueño viene á suspenderla totalmente cada día. Muchas veces el paso del sueño á la muerte no es siquiera sentido, como, por ejemplo, en el caso de un hombre que muere helado. El sueño profundo no se diferencia de la muerte en cuanto